

El huésped

«Se ha perdido la señal GPS.»

Quedaban apenas cinco kilómetros para llegar a mi destino y había dejado atrás otros tantos desde que hubiera atravesado el último vestigio de tierra urbana. Solo carretera y bosque me acompañaban en el tramo final de mi viaje. Por suerte, aquello era a lo que iba allí.

Minutos después, el camino se bifurcó por una rampa de tierra y se elevó hacia un conjunto de viviendas adosadas en mitad de la nada. Todas eran réplicas exactas, pero mi atención se fijó en las escaleras que ascendían hasta la segunda planta y que daban acceso a la misma. Pese a no tener la confirmación del teléfono, que aún buscaba la señal perdida, tenía la certeza de que una de esas casas era en la que escribiría mi nueva obra, la que lanzaría de una vez mi carrera como autor de ficción. Detuve el coche y busqué en el correo electrónico la dirección exacta de mi alquiler. De las cuatro, la mía era la que se situaba en una de las esquinas.

Mi piel se estremeció al salir al exterior. La enorme espesura que me rodeaba no me resguardaba de la brisa gélida y el cielo encapotado tampoco ayudaba. Me apresuré a sacar la mochila del asiento del copiloto y subí hasta la entrada principal, que estaba amparada por una pequeña terraza cubierta.

De nuevo con el móvil en la mano rebusqué entre los mensajes de confirmación hasta dar con la contraseña del casillero. Marqué los seis dígitos, la tapa cayó y la llave se dejó ver en el pequeño cubículo. Al acceder, noté cómo mis mejillas recuperaban el color. Sobre el mueble que había justo a la entrada descansaba un pequeño cuaderno con unas

tapas gruesas elegantemente decoradas. Me recordó a los primeros cuadernos que utilizaba para anotar ideas y esbozar tramas de mis novelas, cuando aún era un joven idealista que pensaba que me haría famoso con ellas y viviría de mi creatividad. Aparté aquellos pensamientos, lo abrí y leí el mensaje manuscrito en la primera página:

Bienvenidos a La Casa de Hielo, muchas gracias por elegirnos para pasar sus vacaciones. Espero que disfruten del entorno único y de la desconexión rural. La vivienda está equipada con todo lo necesario para sobrevivir un fin de semana sin tecnología (aunque de eso ya se habrán dado cuenta). Sin más, les deseo una feliz estancia.

Hojeeé el resto del cuaderno y todas las páginas estaban en blanco. Estaba casi tan desperdiciado como los que rellenaba yo. Tomé el bolígrafo que había a su lado y, en la última hoja, estampé mi firma. La repetí una y otra vez, intentando pulirla, que pareciese atractiva, por si algún día tenía que firmar cientos de libros. Por unos momentos, regresó a mí aquel sueño que yacía inerte desde hacía tanto tiempo, pero la realidad por la que estaba allí me golpeó con fuerza hasta hacerme salir de mi ensimismamiento.

Junto al cuaderno había un manojito de hojas arrugadas con precauciones, indicaciones y recomendaciones acerca de la casa que decidí obviar. Atravesé el pasillo, que dejaba a la izquierda el baño y el dormitorio, y a la derecha, la cocina, y me adentré en el salón. Al fondo de este se abría un hueco hacia la planta baja, pero el acceso pretendía estar impedido por un cordón que iba de lado a lado de la escalera. Supuse que abajo estarían el resto de habitaciones por las que no había pagado, así que no me molesté en bajar.

Al otro lado del salón se encontraba la única ventana que daba a la calle. Aquel sería mi rincón para escribir, para inspirarme del entorno y para descansar la vista mientras observaba la montaña tras el bosque. No me lo pensé más y extraje el ordenador portátil de la mochila dispuesto a comenzar. Aunque había pasado el mediodía, no tenía apetito.

Además si todo iba como debía, me iba a faltar tiempo para escribir. Así que pospuse la comida hasta que sintiese que me la merecía y arranqué el ordenador.

Ya habían pasado treinta minutos y el cursor seguía parpadeando al inicio de la página en blanco. No dejaba de cambiar de postura en el sillón. Consultaba continuamente mis notas con ideas acumuladas a lo largo de los años, pero la mecha no prendía por más que la arrimaba al fuego. Un ruido sordo, que precedió al crujir del cristal, me sobresaltó. Las grietas en la ventana se extendían desde un punto en común en el centro de esta. Algún pájaro debía de haberse chocado y, a juzgar por el resultado, haber muerto en el acto. Abrí la ventana con cuidado para no terminar de romper el cristal, me asomé a la calle y constaté que no había ningún animal muerto por los alrededores. Parecía que la suerte le sonreía a alguien, aunque no fuese a mí.

Regresé de nuevo al sillón, pero era como si este estuviese relleno de agujas y cubierto de esparto. Era incapaz de encadenar una palabra con otra. A veces, incluso, no lograba escribir una sola palabra entera antes de borrarla. Arrojé el portátil con ira sobre la mesa y me tumbé en el sofá. Cerré los ojos e intenté desbloquear mis sentidos, pero lo único que conseguí fue entrar en un sueño profundo.

Una sacudida me levantó nervioso. El corazón me latía acelerado. El sol poniente se alineaba a la perfección con la ventana y me cegaba a través del cristal. Con la respiración agitada, tanteé con torpeza hasta que di con el teléfono. Todavía con una neblina en los ojos discerní la hora: eran casi las siete de la tarde. Sin saber muy bien qué hacer o adónde ir, me levanté y comencé a dar vueltas por el salón. Había perdido un tiempo muy valioso y todavía no había avanzado nada.

Respiré hondo y me planteé si debía volver a intentarlo en esas circunstancias. Si volvía a bloquearme, ¿qué iba a hacer? Quizá una breve distracción me viniese bien para no empezar con semejante nivel de negatividad.

Saqué de la mochila un envase con comida precocinada y leí las instrucciones. La metí en el horno y me pasé los quince minutos siguientes observando cómo esta se calentaba. Me la tomé mientras deambulaba por la habitación, intentando centrar mi atención en el pedazo de carne que no había manera de pinchar con el tenedor de plástico o la patata que no tenía sabor alguno.

Poco después, me quedé inmóvil en el otro extremo del salón, mirando al rincón donde el ordenador parecía estar llamándome, aunque yo no me atrevía a escucharlo. Aparté la mirada y me alejé en sentido contrario, hasta la escalera. Desde arriba solo se discernía la entrada a otro cuarto de baño debido a la escasa claridad que se colaba desde arriba. Sorteé el cordón y decidí conocer el resto de la casa. Ya abajo, bordeé las escaleras y recorrí un estrecho pasillo que dejaba dos puertas a la derecha y una al final. Todas ellas estaban cerradas con llave. A tientas encontré el interruptor, pero la oscuridad se resistió. Alumbré con la pantalla del móvil hacia el techo y vi que había un cable suelto y ninguna bombilla. Haciendo uso de la misma iluminación, me hallaba examinando el resto del entorno cuando un estruendo se desató en la planta de arriba. Los golpes parecían provenir de la puerta principal. Subí peldaño a peldaño, extrañado y me aproximé con sigilo a la puerta. Puse el oído sobre la madera, pues no había mirilla, pero no distinguí sonido alguno al otro lado. Entonces la cabeza me retumbó con otra oleada de golpes secos.

Todavía con el estrépito rebotando dentro mi cabeza, abrí rápidamente. Mi asombro fue aún mayor al ver que la terraza estaba desolada. Confuso, la crucé y miré escaleras abajo. Una mezcla de frío y estupor hizo que se me erizase el vello del brazo. Allí tampoco había nadie. El chirrido de las bisagras me trajo de vuelta y corrí para no

quedarme encerrado fuera de la casa. Decidí dejar a un lado aquel suceso y centrarme en lo que verdaderamente importaba.

El martilleo repetitivo de las teclas era una delicia para mis oídos. Nunca un ruido tan monótono me había resultado tan placentero. Las letras atestaban la pantalla. Mis dedos parecían tener vida propia, como si no tuviese que pensar en lo que escribía. Al fin estaba escribiendo sin interrupciones.

Cuando me quise dar cuenta, el ocaso había dado paso a la noche, así que hice una pausa para beber agua y recuperar energía. Al regresar, decidí deleitarme con mi obra. El vértigo se instaló en mi estómago, el calor restalló en mi cara y el corazón se aceleró bajo mi pecho. No podía salvar ni un solo párrafo, todo era horroroso. ¿En qué estaría pensando para escribir aquello? Con narraciones como esa era fácil entender que ninguna editorial se interesase por mi obra. ¿En qué momento había pensado que se me daría bien contar historias? No lo dudé un segundo y eliminé permanentemente todo el trabajo de las dos últimas horas.

Sin tiempo para lamentaciones, aporrearon la puerta otra vez. Con la cólera recorriendo mis venas, me levanté decidido a dejarle claro a quienquiera que fuese que no era un buen momento para bromas. Entonces vi desde la ventana la figura de un niño en la carretera. La oscuridad ocultaba sus facciones, pero pude distinguir la sonrisa que me estaba dirigiendo. Me apresuré a la entrada cuando la madera resonó de nuevo justo en el instante en que agarraba la manija. Abrí con la convicción de que esa vez iba a pillarlo y a volcar sobre él mis frustraciones, pero el silencio reinante me atronó. Encendí la luz de la terraza para asegurarme y me regresé a la ventana en su busca. Ya no estaba allí. Ni a lo largo de la calle, ni al otro lado de la carretera, ni entre los árboles del bosque.

Si no le paraba los pies no dejaría de molestarme, y ya eran bastantes los obstáculos a los que me estaba enfrentando para escribir como para lidiar además con un niño insufrible. Me atavié con el abrigo y me interné en la noche.

Solo había tres casas más, así que en una de ellas debía de vivir junto a sus padres. Sin embargo, no se vislumbraban luces a través de ninguna ventana ni había más vehículos aparcados cerca, aparte del mío. Saqué el móvil y le escribí un mensaje al dueño de la casa. Mientras tanto, bordeé el solar para reafirmar la sensación de que no había rastro de vida.

Reparé en que no había cobertura y el mensaje no se había enviado. La penumbra no me permitía ver a más de un metro de distancia, pero entrecerré los ojos en un último intento por hacerme un mapa mental de las inmediaciones y vi cómo el bosque se elevaba más allá de los primeros árboles. Me adentré en la espesura y di con un hilo de cobertura que entregó mi mensaje.

Clavado en mitad de incontables árboles, sentí como si hubiera perdido la visión y aguzado el oído. Desde crujidos inertes hasta ronquidos y silbidos, el rumor de la naturaleza se me antojaba ensordecedor. El viento cortaba mis labios y helaba mis pulmones. Los dientes comenzaron a castañetear y mis brazos a temblar. Pero aguardé incólume hasta recibir respuesta, aunque jamás me habría imaginado que fuese a ser aquella:

No hay vecinos. Las cuatro casas son mías y ahora mismo solo te tengo a ti de inquilino.

¿Por qué?

¿Cómo era posible que un niño tan pequeño caminase solo tantos kilómetros fuera del pueblo? ¿Qué clase de padres se despreocupaban de esa forma? Todavía anonadado, obvié la pregunta del casero y puse rumbo de nuevo a la vivienda donde recuperé la

sensibilidad en la punta de los dedos y la movilidad de las articulaciones al colocar mis manos unos segundos sobre el radiador del salón. Me desembaracé del abrigo, le di las tres vueltas al pestillo de la cerradura y retomé temeroso la escritura.

En esa ocasión me lo tomé con más tranquilidad. Pensaba con cuidado cada palabra, cada frase, antes de plasmarla en el papel digital, con idea de que se perpetuase para siempre una vez estuviese escrita. Tras un par de horas, había rellenado poco más de una página, pero la había releído tanto que sabía que era buena. Pese a que el ritmo que llevaba era lento, al menos existía un ritmo.

Varias páginas después, consciente del valor de lo que tenía entre manos, las preguntas de siempre volvieron para repetirse una y otra vez en mi cabeza. ¿Qué iba a pasar después? Ya había sentido aquello antes, ya había creído firmemente en mi obra en anteriores ocasiones y luego nada. Absolutamente nada. Silencio administrativo o, en el mejor y menor de los casos, un rechazo estándar. Al fin y al cabo, si no era nadie, ¿por qué habrían de invertir en mí? La indiferencia no solo venía de mano de desconocidos. Muchos habían sido los familiares y amigos a los que les había regalado alguno de mis borradores y nunca más había sabido algo al respecto. Me aterraba preguntarles por si el motivo era que les había resultado aburrido, tedioso o, sencillamente, malo. Quería evitar aquella respuesta a costa de pensar que no habían tenido oportunidad de leerlo, aunque el desinterés también escocía.

Estuve tentado de borrarlo, subirme al coche y abandonarlo todo de una vez por todas. Luego pensé que quizá necesitaba un respiro, que no estaba habituado a escribir tantas horas seguidas y que al día siguiente lo vería todo de otra forma... O no. En cualquier caso, bajé la pantalla del portátil y me fui al baño.

Mientras me lavaba los dientes me pareció oír un susurro. Lo atribuí al viento que soplaba en el exterior o al cansancio mental, y no le di mayor importancia. Pero al terminar lo volví a escuchar, esa vez con más nitidez. Se trataba de una voz ahogada procedente de la planta baja que no articulaba palabra alguna, sino que se asemejaba más bien a un sollozo. Me quedé quieto, sin dar un paso, sin levantar un brazo, casi sin mover los ojos. Todo estaba tan calmado como un sepulcro. De nuevo, el cansancio mental se postulaba como la explicación más plausible, así que me acosté sin más. Me dejé caer sobre el edredón y no tardé más de dos minutos en sucumbir al sueño.

Desperté encogido en plena madrugada, con las manos entre las piernas y la cabeza bajo la almohada. Por algún motivo, el ambiente se había tornado gélido. Conforme recuperé algo de lucidez comencé a advertir la pérdida de sensibilidad en la punta de los pies. Aun así, la fatiga y el estado de duermevela en el que me hallaba me disuadían de alzar los párpados. No fue hasta que el golpeteo suave pero incansable de un arbusto contra la ventana se agarró a mis oídos que conseguí despertarme. Todavía reticente a aceptar la situación, probé con todas las posturas que se me ocurrieron y que me servirían para guardar algo de calor corporal, pero la falta de éxito me llevó a ponerle solución.

Alargué el brazo y traté de encender la lámpara sobre la mesita de noche, pero no surtió efecto. Caminé a oscuras hasta el interruptor de la habitación y comprobé que tampoco funcionaba. El resto de la casa estaba igual. Debía de haberse ido la luz hacía unas horas porque la temperatura de la calefacción se había esfumado del todo. Entonces entendí por qué la llamaba «La Casa de Hielo».

Desesperado, me leí las hojas de instrucciones alumbrando con la pantalla del móvil y descubrí que había un generador de emergencia para estos casos. Al parecer era algo habitual. Tan solo tenía que bajar a un pequeño trastero que había en el hueco de la escalera exterior, enchufarlo a la red de la casa y ponerlo en marcha.

Tiré de la manija de la puerta y salí a la intemperie sin más abrigo. Apenas noté diferencia de temperatura entre ambos lados del umbral. Aligeré el paso, bordeé la escalera y encontré sin dificultad la puerta que se mencionaba en las instrucciones. No era muy ducho en esos asuntos, pero no me costó seguir las indicaciones y ponerlo en funcionamiento. Después encaré con más pausa las escaleras de vuelta hacia el interior.

Como si el generador también se hubiese acoplado a mi cuerpo, algo se encendió en el interior de mi cabeza en ese preciso instante. Para salir solo había tenido que tirar de la manija de la puerta, pero antes de acostarme había echado la llave, le había dado las tres vueltas a la cerradura. Estaba seguro de ello... ¿O no? Sí, tenía la certeza absoluta, no podía estar tan despistado. Definitivamente allí estaba pasando algo. Había estado justificando cada suceso insólito, cada escena singular, pero aquello no tenía explicación lógica. Y si eso era así, todo lo demás se ponía ahora en duda.

Al entrar en la casa, las lámparas iluminaban parcialmente la casa, coincidiendo con los interruptores que había pulsado antes. Con precaución, escudriñé el resto de habitaciones, pero nada parecía salirse de lo normal. Aunque ya no me fiaba ni de lo que veían mis ojos. Fue entonces cuando todo se precipitó.

Una voz ronca gritó mi nombre. Lo pronunció a la perfección. No era un ruido vago ni un murmullo difuso. El tono grave de un hombre me estaba llamando una y otra vez desde la planta baja. ¿Cómo había entrado allí? ¿Qué pretendía? ¿Por qué me conocía? Mis piernas trémulas me insistieron en no avanzar en esa dirección. Mi primer palpito fue el de salir huyendo de aquella casa sin volver la mirada. Pero en un oscuro rincón de mi mente, pequeño y húmedo, un zumbido anhelaba respuestas a esas preguntas.

Me armé con la linterna del teléfono y pisé el primer escalón. El segundo. Luego el tercero. Con cada crujido de la madera mi corazón empujaba al unísono. En mitad del

descenso, la voz rugió mi nombre una última vez para enmudecer después. Procedía de la habitación del fondo. Lancé preguntas al aire, amenacé simulando una entereza que no poseía y acabé rogando que al menos me contestase. Todo fue en vano.

La puerta permanecía tan sellada como la vez anterior. ¿Y si el propietario de la casa había dejado encerrado allí a alguien? ¿Qué clase de perturbado haría algo así? ¿Dónde me había metido? Un renovado espíritu salvador me instó a echar la puerta abajo. No fue tan fácil como creía, pero la madera en torno al pomo se resquebrajó y al final logré abrirla. Con la mayor urgencia, pulsé el interruptor y la luz me cegó durante los segundos que tardaron mis pupilas en adaptarse.

No tenía sentido. Allí no había nadie. Abrí el armario y miré bajo la cama de matrimonio. También me asomé al hueco de la chimenea que tenía aquel dormitorio. Nada. Por pura inercia, retiré las sábanas y descubrí el colchón, por si alguien tremendamente delgado yacía bajo estas. Solo había un cuaderno igual al que había en la entrada de la casa. La primera página daba el mismo mensaje de bienvenida, pero el resto de hojas eran diferentes. No estaban en blanco, sino repletas de palabras sueltas, dibujos imprecisos y, especialmente, de tachones oscuros como aquella circunstancia. Entonces llegué a la última página y vi mi firma repetida decenas de veces. Exactamente en los mismos sitios donde las había trazado aquella mañana. Cuando todavía no era capaz de asimilar aquello, escuché pasos en la planta de arriba. Quien fuese correteaba en círculos: del salón a la cocina, luego al baño y de nuevo al salón.

El pavor ya no era un pitido tenue, sino una tremenda sacudida desde el interior de mi cuerpo. Desesperado, busqué algo que me pudiese servir para defenderme. Con el atizador de la chimenea empuñado en una mano y el móvil en la otra, emprendí el camino de vuelta con toda la cautela que los nervios me permitían.

Los últimos pasos los hice con la espalda pegada a la pared. Retorcí entonces la cabeza mientras me mantenía aferrado a la oxidada vara de hierro. Todo estaba intacto, todo seguía en su sitio. La puerta de la calle estaba cerrada y seguían las mismas luces encendidas. Aquello acrecentó mi ansiedad. Recorrí cada palmo de la segunda planta y no percibí nada fuera de lo normal hasta que me fijé en el rincón de escribir: el portátil había desaparecido. Sin tiempo para recapitular, para hacer memoria por si lo había cambiado de sitio, un golpe seco resonó en la planta baja.

Esa vez me lancé invadido por la furia y bajé sin miedo a lo que pudiera encontrarme. La puerta de otra de las habitaciones descansaba en el suelo, desencajada del marco, pero en el interior no había nadie. Eché abajo con facilidad la tercera de las puertas gracias a la adrenalina y, como no podía ser de otra forma, dentro no me esperaba nadie. Fue entonces cuando se me aflojó el puño, dejé caer el atizador y mi mente se quebró por completo. Me quedaba la cordura justa para saber que me estaba volviendo loco.

Me senté en la esquina de la cama y me hundí en mis propias manos. ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Cuánto duraría aquello? ¿Qué debía hacer? Pasados unos minutos en los que llegué a aceptar mi nuevo estado mental, salí de la habitación alicaído. Una silueta surgió de la oscuridad del pasillo y se abalanzó sobre mí. El choque contra el suelo me hizo perderme en la inconsciencia unos segundos, pero los golpes de mi asaltante se encargaron de espabilarme de nuevo. Ya no era una cuestión psíquica, aquello era puramente físico. ¿Cómo era posible? ¿Tanto poder tenía la mente humana? ¿O realmente había una persona sobre mí?

Me aferré a esa última opción, más por el deseo de creerme cuerdo que por mi propia supervivencia, y logré darle la vuelta a la pelea. Me desembaracé de la figura que se ocultaba entre las sombras y me coloqué a horcajadas mientras descargaba mis puños sobre él. Sin embargo, este consiguió de nuevo lanzarme hacia atrás. El forcejeo estaba

tan igualado que llegué a pensar que no terminaría nunca. Pero varios minutos después tomé la determinación de zanjarlo para siempre.

Tomé el atizador que estaba en el suelo de la habitación y lo amenacé.

—Si no quieres morir aquí, vete ahora mismo —jadeé.

—No, por favor.

Su voz me resultó extrañamente familiar, pero lejos de amedrentarse, volvió a la carga. Lo esquivé con agilidad y fue a caer en la base de la escalera. Sus facciones quedaron descubiertas y un halo de luz iluminó al fin sus facciones. Un nudo en la garganta no me dejaba tragar ni hablar. Era mi rostro. Tenía mi rostro. Todo alrededor desapareció durante una eternidad. Solo quedó la misma mirada cruzada, la cadencia acompasada de nuestras respiraciones coordinadas, la idéntica expresión de recelo en ambos semblantes.

Hasta que salí de mi abstracción. Sin saber muy bien qué fue lo que movió mis actos, le atravesé el cuello al impostor sin dudarle. La sangre comenzó a manar a borbotones. No intentó zafarse de la vara, ni siquiera preguntó por qué. Tan solo se fue apagando lentamente. Al extraer el atizador, su sangre se escurrió por el hierro y manchó mi brazo.

Bajo la vestimenta del cadáver apareció el ordenador portátil. Todavía con las manos ensangrentadas, el sudor frío en las sienes y un ligero atisbo de entendimiento de lo que acababa de suceder, recuperé el resuello y me senté, junto a aquel cuerpo inerte, en el último de los escalones. Como si hubiese estado cargando durante mucho tiempo con un huésped que al fin abandonaba mi cuerpo, mi mente se liberó y mi creatividad estalló sin contención. Entonces tecleé las primeras palabras del relato:

«Se ha perdido la señal GPS.»